

Gianni Schicchi

fuera de Bellas Artes

por José Noé Mercado

Tal vez por una especie de tradición no reflexionada, se considera que la ópera *Gianni Schicchi* de Giacomo Puccini es ideal para los niños. Es probable que alguien haya considerado, en cierto momento de los últimos cien años, que la relativa brevedad de esta obra, compuesta entre 1917 y 1918, la tercera y acaso la más popular de *Il trittico* pucciniano, con un libreto de Giovacchino Forzano, era por su duración perfecta para el público infantil. Y, sin duda, supuso que el tratamiento fársico, bufo, humorísticamente negro, reafirmaba que la historia recomendada del Canto XXX de *La divina comedia* de Dante Alighieri no podía dirigirse más especialmente que a los pequeñines aspirantes a melómanos.

Por lo demás, una de las arias de mayor belleza lírica de Puccini es 'O mio babbino caro', cuya fama ha trascendido los escenarios líricos y el repertorio operístico mismo y se ha vuelto de uso común en diversos comerciales de televisión, como *soundtrack* en películas e incluso pieza cantada por personajes de dibujos animados.

Pero el más mínimo análisis dramático y musical hacen notar que las apariencias engañan. No sólo porque el número de minutos que se utilizan para contar una historia poco dice de la resistencia de atención de su público, de su interés o apetencia, menos aún si se relativiza en tiempos contemporáneos donde no sólo los niños se han habituado a las narraciones incluso de varias horas, agrupadas en diversas temporadas, como en el caso de los animés o las teleseries, incluso las sagas fílmicas.

El tratamiento bufo no es sinónimo de clasificación A, para toda la familia, pues como en el caso de *Gianni Schicchi*, el retorcido humorismo es herramienta para la exhibición y la crítica del comportamiento moral del ser humano, de un familiar, de una colección variopinta de personajes de donde sale Gianni, que no están sino en el Infierno dantesco pagando por sus palabras, obras y omisiones. Los pecados capitales y, de hecho los capitalistas, no son juego de niños. Aunque claramente la infancia no sea inmune a ellos.

Y las líneas melódicas transparentes y ensoñadoras que salen de la pluma de un Puccini de madurez, si bien con algunas reminiscencias belcantistas de sus antecesores, en realidad permite advertir un tratamiento orquestal mucho más wagneriano, del que se había vuelto un admirador, como demuestra el uso de los *leitmotiven*. El flujo dramático, aunque encuentra las ventanas para colocar arias, en realidad busca más el discurso continuo que el de números.

Su maestría es tal que esa bella aria de Lauretta, que hace suspirar a más de un operópata ingenuo creído en el deleite de la brisa florentina en el Ponte Vecchio, sobre el Río Arno, no es más que



Escena de *Gianni Schicchi* afuera de Bellas Artes

una vil manipulación emprendida por el personaje a través de la cual todos satisfarán sus ambiciones y avaricias.

Pero para lograr todo ello, se requiere de una capacidad interpretativa no menor, tanto del equipo creativo (no por nada *Gianni Schicchi* —en la Ópera de Los Ángeles— ha sido la única ópera dirigida por el cineasta Woody Allen, ese maestro de la sátira social y de la comedia negra, por tanto, de la conducta humana), como del elenco, sus preparadores y la orquesta.

Una vez expresado lo anterior, no es extraño arquear la ceja ante la función presentada de *Gianni Schicchi* por parte del Estudio de la Ópera de Bellas Artes, a un costado de la calle Ángela Peralta, entre la Alameda Central y el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México, el pasado 30 de abril, día del niño.

Una presentación al aire libre, sobre un templete, con la Orquesta Sinfónica de Zapopan bajo la batuta de **Allen Vladimir Gómez**, sin un foso no improvisado que cuidara no sólo la isóptica, sino el sonido, puesto que en realidad, como todo lo demás, la obra fue sonorizada. La agrupación jalisciense no es muy célebre en su experiencia operística, aunque previamente había ofrecido funciones en su tierra de origen y en Zacatecas. Contó con un elenco integrado por jóvenes becarios del EOBA y otros jóvenes cantantes invitados, a los que se unió el experimentado barítono **Armando Gama** en el rol protagónico: **Carlos Santos** como Simone, **Vanessa Jara** como la Ciesca, **Antonio Azpiri** como Betto, **Ricardo Lavín** como Guccio y **Alejandro Contreras** como Gherardino.

Por supuesto, entre los chicos del EOBA hay voces no sólo destacadas (**Carlos Arámbula**, **Edgar Villalva** o **Frida Portillo**),



sino que tienen ya un oficio de canto como en el caso de **Liliana Aguilasoch**, quien abordó el rol de Nella o **María Caballero** como Lauretta. Pero también varios otros ejemplos, la mayoría, de cantantes en formación, estudiantes que aún no tienen la resistencia ni la consistencia vocal necesarias, aun si su instrumento es bello. Ya de conciencia musical o aspectos interpretativos como la intención de sus frases ni siquiera puede hablarse, si antes que de ello están preocupados por las notas que deben emitir o sostener.

Escénicamente, la pobreza fue para llamar la atención, considerando que, además, la producción contó con apoyos oficiales. Y no sólo uno, el central del INBA, a través del Fonca. En el programa de mano, el EBOA lucía colaboraciones con los gobiernos de Zapopan y Zacatecas. El trazo de **Federico Figueroa** fue típico, en abono de cierto caos natural que propicia el movimiento fingido y luego desesperado de los personajes al ver frustrados sus intereses. Dos asistentes para el director de escena (**Rubén Sosa, Leandro Carvajal**), quien se encargó también de la iluminación con **Fernanda Lugo** —en plena tarde soleada— produce, asimismo, caras interrogantes.

Pero, en todo caso, el resultado desprendido de un panel no muy finamente pintado en amarillo y naranja para ayudar a ubicar alguna puerta o ventana, al fondo un telón-paisaje, tal vez, de Florencia, además de una camita con algunas telas que ondeaban al viento, un vestuario a todas luces de hechura y materiales ordinarios (todo ello magnificado al detalle por las pantallas en el sitio y el *streaming*), sería esperado en las prácticas de escuelas musicales, de talleres improvisados, de estudiantes sin apoyos pero inquietos, no de los emblemas principales de cultura lírica y sus preparadores en este país.

El barítono Gama, gracioso por ratos, simple fuera de la comedia, colmilludo pero ya no eficaz al transitar la zona aguda de su instrumento, expresó una vez al presenciar una producción de escasos recursos y cuestionables resultados que “hay niveles mínimos de calidad que deben cuidarse”. Los maestros José Octavio Sosa y Rogelio Riojas, directores del EBOA, deberían haber escuchado esa contundente frase. 📌